

David. Dios es bien infinito, por lo que, al verse puesto en comparación con aquel puñado de tierra, con aquella mísera satisfacción, sobrada razón tiene para quejarse por Isaías y decir a los pecadores: *¿A quién, pues me vais a asemejar, de suerte que me cuadre, dice el Santo?* (Is. 40, 25) ¿Conque más pueden ante ti los viles placeres que mi gracia? ¿Por esto me pospusiste? *Me has arrojado detrás de tus espaldas*. Por esto añade Salviano: «Nada les parece a los hombres más vil que Dios». ¿Te parece Dios cosa tan vil que merezca ser pospuesto a las cosas deleznales de la tierra?

Cuando a San Clemente, obispo de Ancira, le enseñó el tirano, oro, plata y piedras preciosas, diciéndole que todo se lo daría si renunciaba a Jesucristo, el santo mártir lanzó un profundo suspiro pensando en la ceguedad de los hombres, que ponen a Dios en parangón con un puñado de tierra. Y muchos pecadores hay que no exigen tanto precio por la gracia de Dios, sino que les basta codiciar algunos bienes terrenos para abandonar a Dios, bien infinito y único bien que les podría colmar de felicidad. De esto se lamenta el Señor por Jeremías, invitando a los cielos a que se pasmen y sus puertas sean sumergidas en el estupor: *Pasmaos, ¡oh cielos!, de esto; y horrorizaos y quedad atónitos en gran manera*; añade a continuación: *Pues dos maldades cometió mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, para excavar aljibes, aljibes agrietados, que no retienen las aguas* (Jn. 2, 12, 13). Nos maravillamos aún de la injuria que los judíos hicieron a Jesucristo cuando Pilato les preguntó a quién de los dos, a Cristo o a Barrabás, querían libertar, y ellos respondieron: *No a éste, sino a Barrabás*, y, sin embargo, es mucho más triste la conducta de los pecadores, a quienes el demonio propone la elección

entre Cristo, de una parte, y de otra, aquella venganza, aquel placer, aquel puntillo de honor, y ellos responden: Queremos a Barrabás, es decir, al pecado.

La criatura así preferida se trueca en el fin último, en el dios del pecador.— No ha de haber en ti deidad extraña, dice el Señor a su pueblo. No quiero que me abandones a mí, tu Dios verdadero, y te hagas dioses nuevos, a cuyo servicio te dediques. En efecto, según dice San Cipriano, siempre que el hombre prefiere alguna cosa a Dios, la constituye en dios suyo, pues la hace su último fin, cuando nuestro último fin es solo Dios. He aquí sus palabras: «El hombre hace dios cuanto prefiere a Dios». San Jerónimo dice igualmente: «Lo que cada cual codicia hasta el punto de venerarlo, acábase por trocarse en dios suyo». Así es como la criatura que preferimos a Dios se trueca en dios nuestro, e igual que los paganos, que adoraban en sus templos a los ídolos, así los pecadores adoran al pecado en su corazón. Cuando el rey Jeroboán se rebeló contra Dios, procuró arrastrar al pueblo con él a la idolatría, tanto que un día, poniéndoles ante sus ídolos, les dijo: *He aquí, ¡oh Israel!, a tu Dios*. Así hace el demonio. Preséntase al pecador con ciertas satisfacciones y le dice: «¿Qué quieres hacer con Dios? Tu dios es éste; esta satisfacción, este dinero, esta venganza; toma esto y deja lo otro». Y cuando el pecador consiente en las sugerencias infernales, ¿qué es lo que hace? Dejar a Dios y adorar en su corazón, como una divinidad, a esas sugerencias. «El vicio del corazón, decía un orador antiguo, es el ídolo del altar».

3.º Sube de punto el desprecio por la audacia del pecador, que obra en presencia de Dios.— Finalmente, crece de punto el desprecio que el pecador hace a Dios por pecar en su presencia. Escribe San Cirilo de

Jerusalén que hubo pueblos que tomaron por dios al sol para poder durante la noche, en que está oculto, hacer cuanto les viniese en talante, pensando que entonces no había dios que los castigase. Ciertamente su desgraciado error no les impedía la culpa, pero, a lo menos, hubieran querido pecar, pero no bajo la mirada de su dios. El cristiano sabe que Dios está en todas partes y que lo ve todo; sí: *¿Por ventura los cielos y la tierra no llenos?* (Jr. 23, 24), y, a pesar de ello, ese cristiano peca y provoca a Dios en su presencia: *Enoja a mi casa continuamente*. Por eso dice después el Señor que el pecador, con su audacia en cometer el mal en presencia de su juez, y lo hace testigo de sus pecados. *Tan cierto como que yo lo sé y soy de ello testigo*. San Pedro Crisólogo escribe: «Cometer el crimen y tener por testigo al propio juez equivale a impossibilitar la defensa». Nada desgarraba tanto el corazón de David como el pensamiento de haber ofendido a Dios a su misma vista: *Pequé contra ti solo, y lo que es malo, ante tus ojos hice* (Sal. 50, 6). Pero pasemos al segundo punto y veamos mejor aún como el pecado mortal es una gran pena causada a Dios.

13. Gran pena causada a Dios por el pecado mortal

1.º El pecado mortal arroja a Dios del corazón en que habita.— Ciertamente que la mayor de las penas es verse maltratado por personas a quienes habíamos distinguido con nuestra amistad y colmado de beneficios. Pues bien, ¿qué hace el pecador? Desprecia a Dios,

que le colmó de tantos beneficios y le amó hasta morir crucificado por su amor; el hombre con el pecado mortal aparta a Dios de su corazón.

Esta inhabitación es, entre tantos otros, un testimonio señalado de amor.— El alma que ama a Dios es por Dios amada y Dios viene a habitar en ella. Una vez establecido Dios en el alma, nunca sale de ella, a menos que ella misma lo arroje, aun sabiendo que vendrá un día, tarde o temprano, en que se verá forzado a salir. «No abandona, dice el concilio de Trento; si no es abandonado».

Cuando el alma comete el pecado mortal, dice ingrata, a Dios: «¡Apártale de nosotros!». No lo dice con la boca, exclama San Gregorio, pero lo dice con las obras. De sobra conoce el pecador que Dios no puede habitar con el pecado, y sabe, por ende, que, si su corazón se abre al pecado, Dios tiene que salir de él; por lo que le dice: Ya que vos no podéis permanecer con mi pecado, marchad de mí, y buen viaje!

En su lugar viene el demonio.— Por la misma puerta pasa primero Dios en su retirada y luego el demonio, que viene a tomar posesión del alma. En la ceremonia del bautismo intima el sacerdote al demonio la orden de partir: «Retírate de esta alma, espíritu inmundado, y cede el lugar al Espíritu Santo»; pero cuando el hombre consiente en el pecado, dice a Dios: «Retiraos, Señor, y ceded el lugar al demonio, porque a él quiero servir».

2.º Esta expulsión equivale a una especie de muerte.— Escribe San Bernardo que el pecado mortal es tan contrario a Dios, que, si Dios fuera capaz de muerte, el pecado lo privaría de vida; y por eso se aplican al pecador las palabras de Job: *Extendió su mano contra Dios, y contra el Señor echábaselas de valiente* (Job. 15, 25).

El pecador, si pudiera, destruiría la divina justicia.— San Bernardo no se contenta con mostrarnos la voluntad del pecador volviendo toda su malicia contra Dios y haciendo cuanto de sí depende por quitarle la vida, sino que para explicar el misterio añade: «Lo que, sobre todo, quisiera el pecador es que Dios no pudiese vindicar contra él los derechos de su justicia». El pecador sabe que por el pecado es condenado al infierno, y, en consecuencia, quisiera aniquilarlo para escapar a su castigo. *Corría contra él erguido el cuello.* Preséntase con el cuello erguido, es decir, orgullosamente, y corre a ofender a Dios; y como van a medírselas con adversario tan poderoso, toma las armas; pero ¿qué armas?; de la ignorancia, que por eso se le oye exclamar: «No hay en esto gran pecado; Dios es misericordioso, pues la carne es débil; por eso tendrá Dios piedad». ¡Qué temeridad, qué ceguedad!; y cuántos cristianos no ha arrojado al infierno!

Causa a Dios una tristeza a par de muerte.— ¿Qué hace, finalmente, quien comete el pecado mortal? Afli-gir al Corazón divino. Ellos se rebelaron y entristecieron su santo Espíritu. Si una persona a quien hon-rasteis con vuestra amistad y colmasteis de beneficios quisiera quitaros la vida, ¿cuál no sería vuestro dolor! Cierto que Dios no puede sufrir, pero, si fuera capaz de sufrimiento, un solo pecado mortal bastaría para hacerlo morir de melancolía, como dice el P. Medina.

Así, pues, hermano mío, si cometiste un pecado mortal y si Dios hubiera podido morir, tú lo habrías matado. Siempre que pecaste, hubiera El muerto de dolor viéndote corresponder con insultos y desprecios a los beneficios de que te colmó y al exceso de amor que le hizo derramar su sangre y dar la vida por ti.

14. La vergüenza es falsa por su naturaleza

1.º *Pervierte el uso de la lengua en la confesión.*— Pon, ¡oh Señor!, vigía a mi boca, centinela a la puerta de mis labios. San Agustín, explicando este texto, dice que el profeta David no dijo que se pusiera una llave a sus labios, sino un vigía que velara por que se abriese y se cerrase a placer; que se abriese para la confesión de los pecados y se cerrase antes de justificarnos. Quiere decir que el hombre debe tener el vigía presto para que le cierre la boca a palabras deshonestas, de murmuraciones, de blasfemia y semejantes, y se la abra para confesar los pecados cometidos. Y a continuación termina el santo: «Así hará de su boca instrumento de salvación y no ya de destrucción». Callar cuando está uno tentado a hablar contra Dios o contra el prójimo es un acto virtuoso; pero ¡qué desgracia es callar los pecados en la confesión! Esto es lo que el demonio pretende de nosotros una vez cometido el mal, que nuestra boca permanezca cerrada y no confesemos bien. Cuenta San Antonio que cierto ermitaño piadoso vio un día en la iglesia cómo el demonio andaba cuchicheando al oído de las personas que se preparaban para confesarse, y al preguntarle el monje qué era lo que hacía, respondióle: «Restituir a los penitentes lo que les robé; para hacerles caer en el mal les robé la vergüenza y ahora se la vengó a devolver para que no se confiesen». *Apestan, se corrompen mis heridas debido a mi locura.* Las heridas gangrenadas ocasionan la muerte, e igual acontece con los pecados callados en la confesión, que son las heridas que matan al alma.

2.º *Se opone a la voluntad de Dios.*— Dice San Juan Crisóstomo que «el Señor unió la vergüenza al pecado y la esperanza a la confesión, pero que el demonio

invirtió el orden e hizo que anduvieran juntas la confianza y el pecado, reservando la vergüenza para la confesión». Quiere, pues, el Señor que la vergüenza corra parejas con el pecado, para que nos abstengamos de él, y que la confianza nos acompañe al tribunal de la penitencia, porque promete perdonarnos si somos sinceros. El demonio hace todo lo contrario: sírvese de la esperanza del perdón para excitar al mal, y, una vez cometido éste, para atajar su declaración acude a toda suerte de sentimientos de vergüenza.

15. La vergüenza es falsa en sus efectos

1.º Vencida, procura la gloria de Dios.— Pasando cierto día Sócrates por la puerta de una casa de mala nota, vio a un discípulo suyo presto a salir de ella, quien, al ver al filósofo, entró de nuevo hasta que pasara. Sócrates, que se dio cuenta de la maniobra, entró en el portal y dijo al discípulo: «No te avergüences de salir de este lugar, sino avergüéntate de entrar». Igual os digo yo, pecadores hermanos míos: avergozaos de ofender a un Dios tan grande y tan bueno, pero no os avergoncéis de confesar el pecado una vez cometido. ¿Fue vergüenza para Santa María Magdalena el postrarse a los pies de Jesucristo, reconociéndose públicamente por pecadora que se convertía? Con aquella confesión se hizo santa. ¿Fue vergüenza para Santa María Egipciaca declarar los crímenes que había cometido en tantos años de deshonestidades? Así se santificaron y ahora los vemos honrados con la dignidad de los altares.

En los tribunales terrenos, la condenación sigue a la declaración; en el tribunal de la penitencia no es así, sino que a la confesión sigue el perdón y la corona celestial. «Después de la confesión, dice San Juan Crisóstomo, la señal de la victoria corona las sienes del penitente».

Es la declaración necesaria del mal al médico.— La llaga no se puede curar sin que el médico la vea; de otra suerte se enconará y será causa de muerte. «El médico, dice el concilio de Trento, no puede curar el mal que se le oculta». Así, pobres almas, si os halláis llagadas con el pecado, no os avergoncéis de decirlo al confesor, pues de otra suerte os perderéis. *No te avergüences de ti mismo.*

Hay, pues, que dominar la vergüenza.— Pero ¡si yo experimento tanta vergüenza en confesar este pecado!.— Pues esa vergüenza es la que hay que vencer si te quieres salvar, *porque hay vergüenza que conduce al pecado y vergüenza que es honor y gracia.* Según este texto del Eclesiástico hay que distinguir dos clases de vergüenza: primera, la que sume a los hombres en el pecado, que es precisamente la que hace que se cierre la boca en el tribunal de la penitencia, y otra que se experimenta cuando se confiesan los pecados y nos alcanza la gracia de Dios en el mundo y la gloria en el paraíso.

2.º Victoriosa, es causa de condenación.— Cuando el lobo va a robar una oveja, nota San Agustín, lánzasele a la garganta para impedir que bale y pida socorro; así la robará y devorará seguramente. He aquí como trata el demonio a tantas pobres ovejas de Jesucristo: hácelas sucumbir al pecado y luego se les lanza a la garganta para impedir que se confiesen, y finalmente las precipita en el infierno.

Cambia el remedio en veneno.— Después de una falta grave, no hay salvación posible sino por la confe-

sión. Y ¿qué esperanza de salvación podrá tener quien va a confesarse y calla el pecado y se vale de la confesión para ofender más a Dios y para hacerse doblemente esclavo del demonio? ¿Qué diríais de la vida del enfermo que, en lugar del remedio ordinario, ingiriere una taza de veneno? Y ¿qué es, ¡oh cielos!, la confesión para el pecador que oculta los pecados sino el veneno que inocular un horrible sacrilegio? Cuando el confesor absuelve al penitente, derrama sobre él la sangre de Jesucristo porque el perdón de los pecados no se alcanza más que en virtud de esta sangre preciosísima. Pero quien calla los pecados en la confesión, ¿qué es lo que hace? Pisotear la sangre de Jesucristo.

Una de sus consecuencias es la comunión sacrilega.— Y cuando a continuación va a recibir la sagrada comunión en pecado es como si arrojara la partícula a una cloaca, dice San Juan Crisóstomo. «Sí, dice el santo, recibir al Hijo de Dios en un corazón manchado y arrojarlo al estercolero son dos crímenes tan detestables el uno como el otro». ¡Maldita vergüenza! ¡Cuántas pobres almas no has arrastrado al infierno, más cuidadosas de su pretendida reputación que de su salvación!, exclama Tertuliano. ¡Desgraciadas, que no ven en la confesión sino la vergüenza de la declaración y no la miran como condición necesaria para su salvación!

16. La vergüenza es falsa en sus pretextos

I.º El confesor. Temor mal fundado.— ¿Qué dirá de mí el confesor cuando oiga la falta? Dirá que eres una de aquellas pobres almas condenadas a vivir en la tierra,

donde tan fácilmente se cae. Dirá que, después de haber obrado mal, ejecutas una acción gloriosa venciendo la falsa vergüenza y confesándote sinceramente de tu falta.

Fácil de vencer.— Si confieso este pecado, temo que se haga público.— Pregunto: ¿A cuántos confesores tienes que declararlo? Basta que lo declares a uno solo, quien así como escucha tu pecado, escucha a la vez miles semejantes de otras personas. Basta que lo confieses una sola vez, y el confesor te dará la penitencia y te absolverá, y así marcharás en paz con la conciencia tranquila.— Pero es que tengo suma repugnancia en decir esto a mi confesor habitual.— Pues dilo a otro sacerdote conocido o desconocido.— Pero si mi confesor se entera lo tomará a mal.— Y ¿qué le vas a hacer? Para no disgustar a tu confesor, ¿quieres cometer un sacrilegio y condenarte? Pecarías también de loco.

2.º *El secreto.*— Temo que el confesor dé a conocer a otros mi pecado.— ¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Cómo te atreves a hablar así? ¿Imaginas siquiera que el confesor va a ser tan malvado que falte al secreto de confesión? Sábetelo que el secreto sacramental es tan riguroso, que el confesor fuera del acto sacramental no puede hablar ni siquiera de un simple pecado venial ni aun al penitente que se acaba de confesar; y si algún confesor faltara a esta ley, cometería gravísimo delito.

3.º *La reprimenda que se temen recibir.*— Temo que el confesor, al oír mi debilidad, prorumpa en reproches y recriminaciones contra mí.— ¡Dios mío!, pero ¿y no te das cuenta de dónde vienen estos temores? Del demonio, que te los inspira para lanzarte al infierno. ¡Qué reproches ni qué recriminaciones! El confesor te dará suavemente los consejos que te convengan; sábetelo, por los demás, que el confesor no puede tener mayor consuelo que absolver a un penitente que

se acusa sinceramente de sus pecados con verdadero dolor. Si una reina fuese herida de muerte por un vil esclavo y tú hallaras el remedio para curarla, ¡ con cuánto gozo la salvarías aplicándole ese remedio! Tal es el consuelo del confesor que absuelve a un alma postrada en el pecado; él con su acción la libra de la muerte eterna y, dándole a recobrar la gracia de Dios, tórnala reina del paraíso.

4.º Ventaja que se espera del silencio.— Y ¿qué? Después de tantos temores como tienes, ¿solamente careces del temor de condenarte por ese tu silencio que te hace reo de una confesión sacrílega? Temes los reproches del confesor, y ¿no temes los de Jesucristo cuando, pasada la vida, comparezcas delante de su tribunal? Tiembblas de que tu pecado sea conocido de algunas personas, cosa imposible, pues lo manifiestas secretamente al confesor, y ¿no temes el día del juicio, en el cual, si ahora callas, el pecado lo habrán de conocer todos los hombres de la tierra? Si supieses que en callando el pecado al confesor se hubiesen de enterar de él todos tus parientes y todos tus paisanos, ciertamente que lo confesarías. Pues bien, ¿tienes o no tienes fe? ¿No sabes, pregunta San Bernardo, que este pecado que rehusas ahora confesar por vergüenza a un solo hombre, pecador como tú, será el día del juicio conocido no tan sólo por tus parientes y amigos, sino también por todos los hombres? «Si te avergüenza, prosigue el santo, declarar tu falta a un hombre, y a un hombre pecador, ¿qué harás cuando el día del juicio final todos los hombres vean al descubierto toda tu conciencia?» Dios mismo, para confusión tuya, si ahora no te confiesas bien, descubrirá no sólo este pecado, sino todas las suciedades que hayas cometido, y los publicará ante

los ángeles y la faz del mundo entero. *Mostraré a las gentes tu desnudez.*

Escucha este consejo de San Ambrosio: El demonio tiene preparada la lista completa de tus pecados para acusarte de ella ante el tribunal de Dios. ¿Quieres librarte de esta acusación?, pregunta el santo. «Adelántate, pues, a tu acusador, acúsate por ti mismo a un confesor, y no tendrás entonces acusador alguno contra ti». Por el contrario, dice San Agustín, «quien se excusa en la confesión guarda el pecado en el alma y excluye el perdón de Dios».

PERORACIÓN: I.º Exhortación apremiante.— Quízás se encuentre aquí algún desgraciado que haya callado por vergüenza algún pecado en la confesión. Entonces le diría yo: ¡Animo, hermano mío!, decídette a declararlo todo a tu confesor: *Honra al Señor con buenos ojos*. Glorifica al Señor y confunde a Satanás.

Ejemplo.— Cierta persona fue tentada por el demonio a callar por vergüenza un pecado cometido; pero armóse de valor, y cuando iba a confesarse sinceramente se le presentó el demonio, diciéndole: «¿Adónde vas?» A lo que hubo de responderle: «Voy a confundirme y a confundirte». Pues bien, si tuvisteis la desgracia de callar algún pecado mortal, decidlo sencillamente al confesor y confundid así al demonio. Creed que cuanto mayor sea la violencia que os impongáis en confesarlo, tanto mayor será la caridad con que os acogerá Jesucristo.

¡Ea, pues! arrojad del corazón esta víbora que alimentáis para remordimiento continuo vuestro, sin punto alguno de sosiego. ¡Qué infierno padece quien conserva en el corazón un pecado callado por vergüenza! Un infierno anticipado.

Medio fácil.— Por lo demás, basta que digáis al confesor: «Padre, tengo cierto escrúpulo acerca de la vida pasada y tengo vergüenza de declararlo». Bastará esto para que el confesor se dé maña para sacaros la víbora que os muerde la conciencia.

2.º Explicación. ¡No más escrúpulos!— Y aquí, para no crearos obligaciones imaginarias, he de deciros que, si el pecado de que se trata no es un pecado mortal, o si al cometerlo creáis que no lo era, no estáis obligados a confesarlo, porque sólo hay obligación de confesar los pecados mortales. Además, si dudáis haber confesado un pecado de la vida pasada y os consta que en vuestras confesiones anteriores soléis hacer el examen de conciencia y nunca omitís pecado alguno por vergüenza, en este caso, aun cuando la culpa fuese mortal, no estáis obligados a confesarla, dado que moralmente podéis presumir que la habéis ya confesado. Pero si, por el contrario, tenéis conciencia de alguna falta grave que os consta también que no habéis declarado en la confesión, entonces no hay lugar a dudas, o la confesáis u os condenáis.

3.º ¡Presto!, que la felicidad os espera.— Pero no, ovejuela perdida; vete pronto a Jesucristo, que te espera con los brazos abiertos para perdonarte y abrazarte si te confiesas bien. Yo te aseguro que después de confesarte de todos los pecados experimentarás tal consuelo por haber descargado la conciencia y adquirido la gracia de Dios, que bendecirás siempre la hora en que hiciste una buena confesión. Vete, pues, luego a entrevistarte con el confesor y no des lugar a que el demonio siga tentándote con diferir para más tarde la confesión. Apresúrate, porque Jesucristo te está esperando.

17. Pena que causa a Dios el pecado de escándalo

Introducción, definición.— Ante todo, es preciso explicar en qué consiste el pecado de escándalo. He aquí cómo lo define Santo Tomás: «Es una palabra o una acción que constituye para el prójimo ocasión de ruina espiritual».

El escándalo es, pues, cualquier dicho o acción con la que eres causa u ocasión de contribuir a que el prójimo pierda el alma. Este escándalo puede ser directo o indirecto. Es directo cuando directamente te esfuerzas por inducir al prójimo a cometer un pecado. Es escándalo indirecto cuando con tu mal ejemplo o con tus palabras prevés la caída del prójimo y no te privas de decir aquella mala palabra o de cometer aquella mala obra. Desde el momento en que hay materia grave, el escándalo, ya directo o indirecto, es pecado mortal.

I. Veamos ahora *la pena que causa a Dios el pecado de escándalo*. Para comprenderlo, consideremos:

1.º Cómo Dios creó al alma a su imagen de modo especial.— En primer lugar, la creó a imagen del mismo Dios. *Hagamos un hombre a imagen nuestra*. Dios hizo salir de la nada, con un *fiat*, al resto de las criaturas, como con un guiño de su voluntad; pero al alma la creó con su mismo soplo; por eso se lee: *insuflando en sus narices aliento vital*.

2.º Desde toda la eternidad la creó para el cielo. Además, esta alma, el alma de tu prójimo, fue amada por Dios desde toda la eternidad: *Te he amado con amor eterno; por eso te atraigo con bondad*. Finalmente, la creó para llamarla un día al cielo y hacerla partícipe de su gloria y de su reino, como nos dice San Pedro: *Para que por estos (bienes) os hagáis par-*

ticipantes de la divina naturaleza. En el cielo la hará partícipe de su mismo gozo: Entra en el gozo de tu Señor. Entonces es cuando Dios se dará a sí mismo en recompensa: Soy para ti tu escudo; tu salario será sobre manera grande (Gen. 15, 1).

3.º Sobre todo, la rescató con la sangre de Jesucristo.— Lo que sobre todo nos manifiesta cuán grande aprecio tiene Dios del alma es la obra de la redención que Jesucristo llevó a cabo para rescatarla del abismo del pecado. «¿Quieres saber tu valor», pregunta San Euquerio, y responde: «Si no crees a tu Creador, pregunta a tu Redentor. Y San Ambrosio, para darnos a comprender precisamente cuán a pecho debemos tomar la salvación de nuestros hermanos, nos dice: «Considera la muerte de Cristo y deduce lo que vale la salvación de tu hermano». Por tanto, si Cristo dio su sangre para rescatar el alma, tenemos derecho para decir que ésta vale la sangre de Dios, ya que apreciamos el valor de una cosa según el precio en que la tasa un prudente comprador. *Comprados fuisteis a costa de precio* (1 Ped. 1, 19). Por esto San Hilario decía: «Al considerar el precio en que fue tasada la redención humana, parece que el hombre vale tanto como Dios». Por todo ello comprendemos cómo nuestro Salvador nos inculca: *En verdad os digo, cuanto hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeñuelos, conmigo lo hicisteis* (Mt. 25, 40).

II. ESTE PECADO MATA AL ALMA.— Siendo esto así, ¡qué pena tan amarga causa a Dios el escandaloso que le hace perder un alma! Baste decir que le roba y le mata una hija por quien para salvarla había derramado la sangre y dado la vida. Por eso San León llama homicida al escandaloso. «Quien escandaliza, son sus palabras, asesina el alma de su prójimo».

... Y PRIVA A JESUCRISTO DEL FRUTO DE SUS LÁGRIMAS, DOLORES, etc.— El escandaloso comete un homicidio tanto más atroz cuando que arrebató a su hermano no ya la vida corporal, sino la vida del alma, y priva a Jesucristo del fruto de todas sus lágrimas, dolores y, en una palabra, de cuanto el Salvador padeció para ganar aquella alma. Por esto escribió el Apóstol a los fieles de Corinto: *Y pecando así contra los hermanos y sacudiendo a golpes su conciencia, que es débil, contra Cristo pecáis (1 Cor. 8, 12)*. Quien escandaliza al prójimo se dirá que peca propiamente contra Cristo, porque, al decir de San Ambrosio, quien es causa de que se pierda un alma es causa de que Jesucristo pierda una obra en que empleó tantos años de fatigas y de sufrimientos. Cuéntase que el bienaventurado Alberto Magno empleó treinta años de trabajos en la confesión de una cabeza parecida a la de un hombre, consiguiendo que articulase ciertas palabras, y que Santo Tomás, receloso de que hubiera allí algo diabólico, cogió la citada cabeza y la rompió. Alberto Magno se le quejó diciéndole: «Me rompiste treinta años de trabajo». No entro ni salgo en la veracidad del hecho; pero lo cierto es que, cuando Jesucristo ve perdida el alma por obra y desgracia del escandaloso, puede muy bien echarle en rostro este reproche: «Malvado, ¿qué hiciste? Me perdiste esta alma, por la que empleé treinta y tres años de vida».

Comparación sacada de las Sagradas Escrituras.— Léese en las Sagradas Escrituras que los hijos de Jacob, después de vender a su hermano a los mercaderes, fueron a decir al padre: *¡Una bestia feroz lo ha devorado!* Y para dar a entender mejor a Jacob que José había sido presa de la tal bestia feroz, mojaron su vestido de José en la sangre de un cabrito, preguntándo-

le: *Comprueba, por favor, si es la túnica de tu hijo o no*, a lo que el padre hubo de responder entre gemidos de dolor: *¡La túnica de mi hijo es! ¡Una bestia feroz lo ha devorado!* De igual modo también, cuando un alma, a consecuencia del escándalo, acaba de caer en pecado, los demonios le toman la estola bautismal teñida en la sangre del Cordero inmaculado, es decir, la gracia de que le ha despojado el escandaloso, gracia que Jesucristo le había adquirido con el precio de su sangre, y preguntan a Dios: «¿Es éste el vestido de tu hijo?» Si Dios pudiera estallar en sollozos, a no dudarlo que a la vista de esta alma así sacrificada, de su hijo asesinado, sus lágrimas correrían más amargas que las de Jacob, exclamando: Sí, es el vestido de mi hijo amadísimo; una bestia feroz lo ha devorado. Y luego, buscando a esta bestia feroz, exclamaría: «¿Dónde está el monstruo feroz que acaba de devorar a mi hijo?»

Conclusión. Profunda irritación de Dios, que le excita a la venganza.— Y una vez hallado este monstruo feroz, ¿qué hará el Señor? *Los asaltaré*, dice *como osa privada de sus cachorros*. Así hablaba Dios por boca de Oseas. Cuando la osa vuelve a la guarida y no halla sus cachorros, sale a recorrer el bosque en busca del ladrón, y si lo encuentra lánzasele para desgarrarlo. Así se precipitará el Señor sobre el escandaloso que le arrebató uno tan sólo de sus hijos.

Tal vez diga el escandaloso: «Si se ha condenado ya aquel prójimo, ¿qué puedo hacer yo?» Puesto que él se ha condenado por culpa tuya, responde el Señor, tuya es la responsabilidad: *Yo he de reclamar su sangre de tu mano*. También se lee en el Deuteronomio: *No tendrás conmiseración: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie*. Sí, dice

el Señor, ya que tú causaste la perdición de un alma, es preciso que también pierdas la tuya.— Pasemos ya el segundo punto.

18. Castigos con que Dios amenaza a los escandalosos

I. AMENAZA DE UN CASTIGO: I.^o *Grande*.— ¡Ay del hombre por quien viene el escándalo! Si grande es la pena que el escandaloso causa a Dios, grande ha de ser también el castigo que le espera. He aquí cómo habla Jesucristo de tal castigo: *Quien escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mejor fuera que le colgasen alrededor del cuello una muela de tahona y le sumergiesen en alta mar*. El escandaloso merece que se le arroje al mar con una piedra de molino al cuello, y no con una piedra cualquiera, sino con una piedra *asinaria*, es decir, piedra enorme a que en Palestina daban vuelta los asnos en los molinos. Cuando algún malhechor muere ajusticiado en la plaza, los espectadores se mueven a compasión, y si no lo pueden librar de la muerte, al menos lo encomiendan a Dios; pero si el desgraciado es arrojado a altar mar, nadie lo compadecerá. Por esto dice un autor que Jesucristo habló de esta suerte de castigo en relación con el escandaloso, para declararlo tan odioso a los mismos ángeles y santos que ni siquiera tienen ánimo de encomendar a Dios a quien se ha hecho reo de la perdición de una sola alma: «Es indigno de que se le vea y de que se le ayude»

2.^o *Riguroso*.— No se contenta Dios con no dejar nunca impune al escandaloso, sino que le trata siem-

pre con la más rigurosa justicia, porque lo aborrece soberanamente. «Dios, dice San Juan Crisóstomo, es paciente con ciertos pecados aun gravísimos, pero nunca con el escándalo, por lo horrible que es a sus ojos». El Señor lo había ya declarado por boca de Ezequiel: *Tornaré mi rostro contra tal hombre* y (lo convertiré) *en ejemplo* (y proverbio) *y lo extirparé de en medio de mi pueblo; y sabréis que soy yo Yahveh* (Ez. 14, 8). Y realmente vemos por las Escrituras Sagradas que uno de los pecados que castiga Dios con mayor rigor es del escándalo. Los padres ya se sabe que escandalizan no tan sólo cuando dan mal ejemplo a sus hijos, sino también cuando no los corrigen como conviene. Pues bien, he aquí lo que Dios dijo del sacerdote Helí, culpable tan sólo por no haber corregido a sus hijos que escandalizaban al pueblo judío robando del altar las carnes sacrificadas: *He aquí que voy a hacer en Israel una cosa que a todo aquel que la oiga le retiñirán ambos oídos*, porque nota la Sagrada Escritura, con motivo del escándalo dado por los hijos de Helí: *Era... el pecado de estos jóvenes muy grave a los ojos de Yahveh* (1 Rey. 2, 17) ¿Cuál era, pues, el grave pecado que cometían? Dice San Gregorio que «inducir al pueblo al mal». También Jeroboam fue severamente castigado, y ¿por qué? Por escandaloso. *Entregaré a Israel, a causa de los pecados que Jeroboam ha cometido y ha hecho cometer a Israel* (3 Rey. 14, 16). En la familia de Acab, enemiga toda ella de Dios, cayó el más espantoso de los castigos sobre Jezabel; fue, en efecto, lanzada de lo alto de una ventana y devorada de los perros, que tan sólo le dejaron el cráneo y las extremidades de los pies y de las manos. ¿Por qué? Responde el Abulense: «Porque Jezabel incitaba a Acab a toda clase de iniquidades».

II. ESTE CASTIGO SE VERIFICARÁ SOBRE TODO EN EL INFIERNO.— El infierno fue creado para castigar el pecado de escándalo. *Al principio creó Dios el cielo y la tierra.* ¿Cuándo creó el infierno? Cuando Lucifer comenzó a seducir a los ángeles para rebelarse contra Dios. En efecto, para impedirle que sedujese a los ángeles que habían permanecido fieles, Dios lo arrojó del cielo inmediatamente después de su pecado.

1.º *Castigo debidamente merecido.*— Jesucristo llamaba a los fariseos, que con su mal ejemplo escandalizaban al prójimo, hijos del demonio, que fue desde el principio el homicida de las almas: *Vosotros tenéis por padre al diablo... El era homicida desde el principio* (Jn. 8, 44). Y cuando San Pedro le escandalizó insinuándole que no se dejara prender y matara a los judíos, con lo que impediría la redención humana, Jesucristo lo llamó demonio: *Vete de ahí, quítame de delante, Satanás; piedra de escándalo eres para mí* (Mt. 16, 23).

Y a la verdad, ¿qué otro oficio ejerce el escandaloso más que ser ministro del demonio? No harían ciertamente los demonio tanta cosecha de almas cuanta hacen si no los ayudarán tan malvados ministros. Hace más daño un compañero escandaloso que lo harían cien demonios.

Explicación.— Comentando San Bernardo las palabras del rey Ezequías: *En salud se me ha trocado la amargura*, pone en boca de la Iglesia de su tiempo las siguientes palabras: «Actualmente la Iglesia no tiene paganos, no tiene herejes que la persigan; pero la persiguen sus mismos hijos, es decir, los cristianos escandalosos. Los cazadores de red para coger avecillas llevan reclamos, que no son mas que otras avecillas atadas por un hilo y ciegas». Así hace el demonio, dice San Efrén: «Cuando coge presa a un alma, en primer

lugar la ciega y la sujeta como esclava, convirtiéndola así en reclamo suyo para engañar a los demás y atraparlos en la red del pecado». Y San León afirma que «no sólo incita (el demonio) a las almas a engañar a los demás, sino que hasta las fuerzas a ello».

2.º *Será castigo terrible, porque será proporcionado a todos los pecados causados por los escandalosos.*— ¡Desgraciados escandalosos! En el infierno tendrán que sufrir la pena de cuantos pecados hicieron cometer a los demás. Cuenta Cesáreo que al punto de morir cierto escandaloso lo vio un santo varón presentarse al tribunal de Dios, donde fue condenado al infierno, a cuya puerta salieron a recibirle todas las almas que había escandalizado, las cuales dijéronle: «Ven acá, maldito; ven a pagar los pecados que nos hiciste cometer», y esto diciendo se le lanzaron encima, como otras tantas bestias feroces, para destrozarlo.

3.º *Será inevitable para los endurecidos.*— Nota San Bernardo que la Sagrada Escritura, al hablar de otros pecadores, deja abierta una puerta a la esperanza de enmienda y de perdón; mas cuando habla de los escandalosos, habla como de precitos que ya estuvieran separados de Dios y sin esperanza de salvación.

III. APLICACIÓN. ESTADO DEPLORABLE Y CASTIGO ATERRADOR: I.º *De los que predicán el mal, sobre todo a los niños.*— Comprendan el estado deplorable en que se encuentran quienes escandalizan con su mal ejemplo y quienes hablan deshonestamente ante sus compañeros, ante muchachas y ante niños inocentes, que al oír aquellas palabras se detienen a pensarlas, por lo que cometen miles de pecados. Pensad, pues, el dolor con que se lamentarán los ángeles de la guarda de aquellos desgraciados niños viéndolos caer

en pecado y cómo pedirán a Dios venganza contra semejantes bocas sacrílegas que los escandalizaron.

2.º *Castigos de quienes se burlan de las gentes de bien.*— ¡Cuán terrible será también el castigo de quienes con sus continuadas burlas ridiculizan a las gentes de bien! No faltan quienes para hurtar la burla abandonan el bien y se dan a mala vida.

3.º *Castigos de quienes favorecen relaciones culpables y se glorían de sus pecados.*— Y ¿qué decir de quienes favorecen relaciones culpables y de quienes se glorían del mal cometido? Efectivamente, hay quienes, en lugar de sentir desolación y arrepentimiento por los pecados cometidos, lejos de hacer caso de ello, llegan hasta a gloriarse de su abominable conducta.

4.º *Castigo de quienes incitan al mal.*— ¿Qué decir también de quienes incitan al mal, de quienes incitan a cometerlo, de quienes hasta enseñan el mismo mal, crimen de que los mismos demonios no son capaces?

5.º *Crimen de los padres que lo permiten.*— ¿Qué decir, finalmente, de los padres que, lejos de impedir, pudiéndolo, los pecados de sus hijos, consienten que frecuenten malas compañías, que vayan a casas peligrosas y que conversen con jóvenes de diversos sexo? ¡Qué castigos tan terribles se preparan todos estos escandalosos para el día del juicio final!

PERORACIÓN: 1.º *Esperad.*— Y ¿qué?, dirá tal vez alguien; yo, que escandalicé, ¿estaré perdido? ¿No habrá, padre mío, para mí esperanza de salvación?— No; yo no pretendo decir que te desesperes: la misericordia de Dios es grande y prometió el perdón al corazón arrepentido.

2.º *Reparad los escándalos.*— Pero para salvaros es de absoluta necesidad que reparéis vuestros escándalos.

los. San Cesáreo dice: «Muy justo es que, después de haberos perdido a vos mismo perdiendo a los demás, ayudéis al prójimo a salvarse, salvándoos a vos mismo». Ya que te perdiste y con tus escándalos perdiste a muchas almas, justo es que repares el mal. Pues bien, así como llevaste a los otros al pecado, así es necesario que ahora los llesves a la virtud, por lo que no debes tener en adelante más que conversaciones edificantes, buenos ejemplos, fuga de las ocasiones, frecuencia de sacramentos, asiduidad a los cultos de la iglesia y a los sermones.

3.º *No escandalicéis más.*— De hoy en adelante guardaos, más que de la muerte, de hacer ni decir nada que pueda ser ocasión de escándalo al prójimo. «Baste al caído encontrarse solo por tierra», dice San Cipriano. Y de Santo Tomás de Villanueva: «Bástennos nuestros propios pecados». ¿Qué mal os hizo Jesucristo que no os baste haberlo ofendido vosotros, para que queráis que los demás lo ofendan? Esto es exceso de crueldad.

4.º *Evitad la compañía de los escandalosos.*— Guardaos en adelante de dar el más mínimo escándalo, y si os queréis salvar, huid cuanto os sea dado la compañía de los escandalosos. Estos demonios encarnados se condenarán, y si no os apartáis de ellos, también acabaréis por condenaros. *¡Ay del mundo a causa de los escándalos!*, dice el Señor, para darnos a comprender que son muchos los que se condenan por que no se cuidan de evitar la compañía de los escandalosos.— Pero si es amigo mío, a quien debo muchos favores y en quien tengo grandes esperanzas. *Si tu ojo te escandaliza, sácalo y échalo lejos de ti; mejor te vale con un solo ojo entrar en la vida que con tus ojos ser arrojado en la gehena del fuego.* Por tanto, por muchos

títulos que os ligaran a persona tan querida, tendríais que romper con ella y no volver a verla si os fuere ocasión de escándalo, porque vale más perderlo todo y salvar el alma *sin un ojo* que entrar con ambos en el infierno.

19. Extrema gravedad del pecado de blasfemia

¿Qué es la blasfemia? Según la definición común de los teólogos, es «toda palabra injuriosa a Dios».

I. CONSIDEREMOS LA PERSONA DEL OFENDIDO. EL BLASFEMO ATACA DIRECTAMENTE: I.º *Al omnipotente*.— ¿Dios mío!, ¿con quién se las ha el hombre cuando blasfema? Se las ha directamente con Dios: *Extendió su mano contra Dios*, decía Job. «Blasfemo, preguntaba San Efrén, ¿no temes que en el momento en que tu boca profiere tales blasfemias baje el fuego del cielo y te consuma o se abra la tierra para devorarte?»

«¿Conque los demonios tiemblan al solo nombre de Cristo, exclama San Gregorio Nacianceno, y nosotros arrastramos por el barro de las blasfemias este nombre tres veces adorable?»

El vengativo trata con un semejante, pero el blasfemo diríase que se quiere vengar a Dios mismo, que hace o permite lo que le desagrade. Existe gran diferencia entre ofender el retrato del rey y ofender a la persona del rey; el hombre es la imagen de Dios, pero el blasfemo ofende a Dios mismo, dice San Atanasio.

Crimen de lesa Majestad divina.— Atacar una ley refrendada por el rey equivale a ofender a la misma persona del rey; lo primero es un pecado, y los segundo, hacerse reo de lesa majestad humana; por esto es castigado con la privación de la gracia regia y con horrendos castigos. ¿Qué decir, pues, de quien blasfema e injuria la Majestad de Dios? Ana la profetisa decía en su cántico: *Si un hombre peca contra otro hombre, Dios interviene como árbitro; pero si el hombre peca contra Yahveh, ¿quién puede interceder por él?* (1 Rey. 2, 25) Tan enorme es, por tanto, el pecado de la blasfemia, que se diría que los mismos santos se resisten a rogar por el blasfemo.

2.º *El blasfemo ataca a Dios, su bienhechor.*— Bocas sacrílegas hay que se atreven a blasfemar contra el Dios que les conserva la vida. «¡Cómo!, exclama San Juan Crisóstomo, ¿te atreves a maldecir al Dios que te colma de bienes y cuida de ti?» Desgraciados pecadores, ¿conque tenéis un pie en el infierno, de modo que si Dios, movido de compasión, no os conserva la vida, caeríais al fondo del abismo, y ¿aun no se lo agradecéis? Más aún: en lugar de agradecersele, en el momento en que os colma de beneficios le respondéis con blasfemia. *Si afrentado me hubiera un enemigo, yo lo soportaría* (Sal. 54, 13). Si me injurias en el tiempo en que te castigo, aun lo toleraría; pero es que maldices en el tiempo en que te colmo de beneficios. «¡Lengua diabólica!, te grita San Bernardino de Siena, ¿qué es lo que te excita a blasfemar de tu Dios, que te creó y rescató al precio de su sangre?».

3.º *Ataca a Jesucristo, que merece todo nuestro amor.*— Gentes hay que se atreven hasta a blasfemar expresamente de Jesucristo, el Dios que amó a las al-

mas hasta el punto de morir por ellas en cruz para salvarlas. ¡Oh cielos!, si no tuviéramos que morir, tendríamos que desear la muerte por Jesucristo para manifestar un poco de gratitud al Dios que se sacrificó por nosotros. Digo un poco de agradecimiento porque el sacrificio que pueda hacer de sí misma una miserable criatura no puede parangonarse con el que Dios padeció por ella; y tú, lejos de amarlo y de bendecirlo, lo maldices, como se expresa San Agustín: «Los judíos flagelaron a Cristo y ahora la lengua blasfema de los malos cristianos es quien lo flagela».

4.º *Ataca a la Santísima Virgen María, siendo esta blasfemia la más prontamente castigada.*—Otros blasfeman e injurian a la Santísima Virgen María, tierna Madre que nos ama tanto e intercede siempre por nosotros. Dios castiga horriblemente a semejantes malvados. Cuenta Surio que un impío blasfemó de la Santísima Virgen y con un puñal destrozó su imagen que se hallaba en una iglesia; mas no bien salido de la citada iglesia cayó sobre él un rayo y lo redujo a cenizas. El infante Nestorio blasfemó e indujo a otros a blasfemar contra María Santísima, defendiendo que no era verdadera Madre de Dios, y murió desesperado, con la lengua agusanada.

II. LA PERSONA DEL OFENSOR, QUE ES EL CRISTIANO.—*¿Quién es este que habla blasfemia?* ¡Un cristiano! Uno que recibió el santo bautismo, en el que su lengua quedó en cierto sentido consagrada. Escribete un doctor autor que en la lengua del bautizando se coloca sal bendecida para que se santifique y se acostumbre a bendecir a Dios; mas, andando el tiempo, esta lengua se trocará en espada que atravesará el corazón de Dios, como dice San Bernardino de Siena.

III. NATURALEZA DE LA BLASFEMIA: I.º *Encierra la más grande malicia.*— Añade San Bernardino de Siena que «no hay pecado que iguale al pecado de la blasfemia»; ya antes lo dijo San Juan Crisóstomo: «No hay pecado más horrible que la blasfemia, porque resume todos los crímenes y atrae todo género de castigos». También San Jerónimo lo había dicho: «Nada más horrible que la blasfemia, hasta el punto de que después de la blasfemia todo pecado resulte ligero».

Dígase igual de los pecados contra los santos y las cosas sagradas.— Nótese aquí que las blasfemias contra los santos, las cosas y los días santos, como los sacramentos, la misa, el día de Pascua y de Navidad, el Sábado Santo, etc., son de la misma especie que las blasfemias contra Dios, pues según enseña Santo Tomás, así como el honor que se tributa a los santos, a las cosas y días santos, dirígese, en fin de cuentas, a Dios, de igual manera, cuando se injuria a los santos, se injuria también a Dios, fuente de toda santidad. Y añade que este pecado es pecado máximo contra la religión.

2.º *Su malicia es pura y sin mezcla.*— Del texto antes citado de San Jerónimo se puede colegir que la blasfemia es mayor pecado que el hurto, que el adulterio y que el homicidio. Los demás pecados, dice San Bernardino, se pueden atribuir a debilidad e ignorancia, pero la blasfemia no tiene más explicación que su malicia, y, en sentir de San Bernardino de Siena, «los demás pecados provienen en parte de fragilidad y en parte de ignorancia, en tanto que el de la blasfemia no procede más que de su propia malicia».

3.º *Su malicia es infernal.*— Realmente, en la blasfemia hay una voluntad mal dispuesta y cierto como

odio a Dios, por lo que se puede comparar a los blasfemos con los demonios, cuyos labios no se abren para blasfemar, pues no tienen cuerpo, pero cuyo corazón blasfema maldeciendo la justicia de Dios, que los castiga. «Su blasfemia está en el corazón, dice San Tomás, consiste en el odio con que distinguen a la justicia divina». Y añade esta coletilla el santo doctor: «Puede creerse razonablemente que, luego de la resurrección general, los blasfemos harán realmente retremblar con sus blasfemias el infierno, como los santos estremecerán de alegría los cielos con las alabanzas a Dios». Razón tiene cierto autor para llamar a la blasfemia lenguaje del infierno, diciendo que el demonio es quien habla por boca de los blasfemos, como habla Dios por boca de los santos.

Cuando en el palacio de Caifás San Pedro renegaba de Jesucristo, protestando con juramento que no lo conocía, los judíos le respondieron que su lenguaje le delataba por uno de los discípulos de Jesucristo, puesto que hablaba como El: *De verdad que también tú eres de ellos, pues tu modo de hablar te delata*. Así puede decirse al blasfemo: Tú eres del país del infierno y aprovechado discípulo de Satanás, ya que hablas como los condenados. «La única ocupación de los réprobos en el infierno, dice San Antonio, es blasfemar y maldecir a Dios», y en prueba de su aserto trae este texto del Apocalipsis: *Se despedazaban los hombres las lenguas por la furia del dolor y blasfemaron contra Dios del cielo* (Ap. 10, 10-11); y acaba diciendo: «Este vicio delata el estado de condenación, por ser oficio de condenados».

4.º *Añádase la malicia del escándalo.*— Añádase a la malicia de la blasfemia la malicia del escándalo que la mayoría de las veces la acompaña, dado que se sue-

le cometer exteriormente y en presencia de otras personas. San Pablo reprochaba a los judíos el que hubieran con sus pecados provocado las blasfemias que los gentiles proferían contra el Dios verdadero y el desprecio que mostraban contra su ley: *El nombre de Dios por causa vuestra es blasfemado entre las gentes*. Y ¿qué decir de los cristianos cuando con sus blasfemias incitan también a que sus hermanos blasfemen?

Se contagia espantosamente.— ¿De qué depende que en algunas provincias no se oiga blasfemia alguna o rarísimas, y en otras reine, de modo que se pueda decir lo que decía Dios por Isaías: *Continuamente todos los días es mi nombre injuriado*? (Is. 52, 5) Y así, por las plazas y por las casas, en ciudades y en aldeas, no se oye más que la blasfemia. ¿Cómo se explica esto? Es que unos aleccionan a otros, los padres a sus hijos, los amos a sus criados, los mayores a los niños.

Aun en el seno de las familias.— En ciertas familias especialmente diríase que se ha heredado el vicio de la blasfemia. El padre es blasfemo; los hijos y los nietos le imitan, y van sucediéndose en la herencia los sucesores. ¡Maldito padre! En vez de enseñar a tus hijos a bendecir a Dios, quieres enseñarles a blasfemar su santo nombre y el de sus santos. —Pero si yo les reprendo cuando los oigo blasfemar.— Y ¿de qué valen esa tus reprensiones, si les das mal ejemplo con tus palabras? Por caridad, por caridad, padres de familia, no volváis a blasfemar nunca, pero sobre todo cuando os oigan vuestros hijos, porque éste es tan grave pecado que no sé cómo lo soportará Dios. Y cuando oigáis blasfemar a un hijo vuestro, repressedlo ásperamente y hasta, como dice San Juan Crisóstomo, «rompedle la boca, santificando así vuestra mano». Padres hay que se irritan cuando sus hijos no les obe-

decen lo pronto que ellos quisieran, y les golpean; y si luego les oyen blasfemar de los santos, se ríen de ellos o se callan.

Ejemplo terrible.— He aquí lo que cuenta San Gregorio de un niño de cinco años tan sólo, descendiente de una de la más noble familias romanas. Solía este niño blasfemar el santo nombre de Dios, sin que su padre le corrigiera nunca. Un día que el niño acababa de blasfemar se vio asaltado de unos negros; él acudió a abrazarse a su padre, pero se trataba de otros tantos demonios, que lo arrancaron del regazo paterno, lo mataron allá mismo y se lo llevaron al infierno.

20. Terrible rigor con que Dios castiga el vicio de la blasfemia

I. EN EL INFIERNO. CASTIGO ESPECIAL.—*¡Ay de la nación pecadora del pueblo cargado de culpa, ralea de malvados, hijos pervertidos! Han abandonado a Yahveh, han despreciado al Santo de Israel. (Is. 1, 4). ¡Ay, por tanto, de los blasfemos y ay de ellos por toda la eternidad!, porque, como dice Tobías, mal-ditos serán todos los que te aborrecen. Dios dijo por boca de Job: Ya que tu falta inspira tu boca y adoptas el lenguaje de los astutos, tu boca te condena, y no yo, y tus labios testifican contra ti. Cuando pronuncie la sentencia de condenación dirá el Señor: «yo no soy quien te condeno al infierno, sino quien te condena es tu misma boca, con que te atreviste a maldecirme tanto a mí cuanto a mis santos». Los desgraciados continuarán con sus blasfemias en el infierno para su ma-*

yor pena, pues las mismas blasfemias les recordarán siempre que por ellas se condenaron. Terribles serán, pues, los castigos de los blasfemos en el infierno.

II. EN LA TIERRA: I.º *Justo rigor de las leyes.*— La ley antigua mandaba que todo el pueblo apedreara a los blasfemos: *Y el blasfemador del nombre de Yahveh morirá sin remisión; toda la comunidad lo lapidará irremisiblemente* (lv. 24, 16). En la ley nueva las Constituciones imperiales de Justiniano imponían también la pena de muerte. San Luis Rey de Francia mandaba taladrar la lengua de los blasfemos y que se les señalara la frente con un hierro candente; si no bastaba este primer castigo para su enmienda, eran irremisiblemente condenados a muerte. Otros códigos excluían a los blasfemos por infames y les prohibían ser testigos en juicio. Finalmente, leemos en la Constitución del Papa Gregorio XIV que antiguamente se privaba a los blasfemos de la sepultura.

2.º *Maldición divina.*— Véanse ahora algunos de los males dimanados de la blasfemia, según consta de una Constitución del emperador Justiniano: «De la blasfemia proviene el hambre, los terremotos y la peste». ¿Te atreves, pues, a quejarte, blasfemo, de que trabajas y afanas y, a pesar de ello, no tienes éxito?— ¡No sé lo que me pasa, que siempre me veo en la miseria! ¿Qué es eso de excomuniones? ¿Pero aun no sabes lo que es? Pues sencillamente la maldita blasfemia que tienes a flor de labios y que te hace siempre maldito de Dios y empobrecido.

3.º *Triste fin. Ejemplos.*— ¡Cuántos ejemplos funestos se pondrían aducir de blasfemos muertos malamente! Cuenta el P. Séñeri que en Gasuña dos hombres blasfemaron de la sangre de Jesucristo y poco des-

pués fueron asesinados en una reyerta y fueron devorados por los perros.— En Méjico, cierto blasfemo, reprendido caritativamente, exclamó: «Pues ahora voy a blasfemar aún más»; pero el día siguiente se le pegó la boca al paladar y murió así el desgraciado, sin dar señales de arrepentimiento.— Refiere Dresselio que un blasfemo quedó ciego de repente.— Otro que blasfemaba contra San Antonio fue abrasado por una llama que salió de la estatua del santo.— Refiere Sarnelli en su libro contra la blasfemia que en Constantinopla un blasfemo comenzó a desgarrarse las carnes, como perro rabioso, muriendo de esta manera.— Tomás de Cantimpré cuenta de un tal Simón, de Tournai, que en una blasfemia volviéronsele convulsivamente los ojos, cayó por tierra y se puso a mugir como un buey hasta que murió.— Léese en el Mercurio Galicano que un reo condenado a la horca y llamado Miguel, al tiempo en que le ahorcaban blasfemó, y vieron los concurrentes cómo se le separaba la cabeza del tronco y de la boca salía la lengua negra como carbón.— Para no cansaros más omito la relación de otros ejemplos terribles que se pueden leer en el citado libro del P. Sarnelli.

PERORACIÓN: I.º *Refutación de las excusas.*— Concluyamos. Decidme, blasfemos, si alguno hubiera, ¿qué ganáis con vuestras malditas blasfemias? No podéis disfrutar de gusto alguno, dice San Roberto Belarmino, porque es éste vicio que se comete sin algún género de placer, ya que no halaga a ninguno de los sentidos. No sacáis de él provecho alguno, porque, como ya apunté, la blasfemia es criadero de pordioseros. No reportáis honor, pues los mismos compañeros blasfemos, cuando blasfemáis, se horrorizan

y os llaman *bocas del infierno*. Decidme, pues, por qué blasfemáis.—Padre, porque tengo esta costumbre.—Y ¿qué? ¿Es que la costumbre puede excusar ante Dios? Si un hijo apaleara a su padre y dijese: Perdóname, padre, que lo hago llevado de la costumbre, ¿sería excusa suficiente? Dices que blasfemas arrastrando por la ira que te provocan los hijos, la mujer o el amo... ¡Cómo! Tu mujer y tu amo son quienes te irritan, y ¿tú la emprendes con Dios? ¿Qué mal te ha hecho Dios? Si El es quien te colma de beneficios y, esto no obstante, ¿aun te atreves a blasfemar de El? ¿Qué culpa tienen los santos? Ellos interceden delante del Señor por ti. y ¿tú aún blasfemas de ellos?

2.º *Medios para triunfar en las blasfemia*.—La blasfemia es en mí una tentación del demonio.—Pues si el demonio te tienta, haz como hacía cierto joven, que fue a buscar al abad Pemén, quejándose de que el demonio le tentaba incesantemente de blasfemia: El abad le respondió que entonces respondiera así al demonio: «¿Y por qué voy yo a blasfemar contra Dios, que me creó y colmó de tantos bienes? Al contrario, siempre le quiero alabar y bendecir». Así dejó el demonio de tentarlo. En los momentos de cólera, ¿no habrá más palabras que blasfemias? En vez de éstas di: ¡*Maldito sea el pecado!* ¡*Ayudadme, Señor!* ¡*Señora, dadme paciencia!* Y si por desgracia te acostumbraste a blasfemar en el pasado, al menos en lo futuro, al levantarte, renueva los propósitos de violentarte para no blasfemar en el día, y a continuación reza *tres avemarías* a la Santísima Virgen María para que te alcance la gracia de resistir a las tentaciones que te asaltaren.

21. Grave error es presentar el pecado de impureza como mal ligero

I. LA IMPUREZA ES MAL GRANDE CONSIDERADO EN SU NATURALEZA: I.º *En relación con Dios.*— El impuro trata su pecado de poca cosa; y ¿por qué? Todos cuantos se le acercan sienten el hedor de sus vicios y los aborrecen, y sólo él no los siente ni aborrece. Semejante, como dice San Pedro, *a la puerca lavada*, (que vuelve) *al revolcadero del cieno*, este pecador se encenaga en sus impurezas hasta el punto de ni siquiera ver el mal que hace.

Es un pecado mortal.— Tú que presentas el pecado de impureza como ligero mal, dime; ¿puedes negar que sea pecado mortal? Si lo niegas, caes en la herejía, porque San Pablo dijo: *No os forjéis ilusiones. Ni fornicarios, ni idólatras, ni adúlteros, ni afeminados, ni sodomistas... heredarán el reino de Dios* (1 Cor. 6, 9-10). Y si es pecado mortal y no de poca monta, pues es más grave que el hurto, la murmuración, la infracción del ayuno y otros pecados mortales, ¿cómo puedes afirmar que es mal ligero? ¿Te parece, por ventura, ligero mal un solo pecado mortal? ¿Ligero mal a despreciar la gracia de Dios, volverle las espaldas y perder su amistad por un breve placer bestial?

Pecado por el que el hombre desprecia a Dios.— Escribe el Doctor Angélico, Santo Tomás, que el pecado mortal, por ser un desprecio hecho a un Dios infinito, contiene cierta malicia infinita. ¿Cómo? ¿El pecado mortal mal ligero? Al contrario, es cosa tan grande, que si todos los ángeles y todos los santos, los apóstoles, mártires y aun la misma Madre de Dios ofreciesen todos sus méritos para satisfacer un solo pecado mortal, no bastarían, sencillamente porque su

satisfacción es finita y el débito es infinito, por atacar la infinita majestad de Dios ofendida.

Pecado que inspira a Dios especial horror y disgusto.— ¡Qué horror no tiene Dios al pecado de impureza! La señora que encuentra un cabello en el plato deja de comer por asco. Pues Dios, que es la misma pureza, ¡con cuánto disgusto verá la acción vergonzosa cometida con desprecio de su ley! El ama infinitamente su pureza y, por consiguiente, odia inmensamente la sensualidad, que los hombres llamamos mal ligero.

Los mismos demonios tientan avergonzados.— Hasta los mismos demonios, puros espíritus sentados antiguamente en el cielo sobre los más sublimes tronos angélicos, tientan asqueados contra la pureza. De ahí que Santo Tomás haga notar que el demonio tentó a Jesucristo en el desierto contra varios pecados, y aun siendo Lucifer en persona, como se piensa, no se atrevió a tentarlo a quebrantar la castidad.

2.º Con relación al hombre, a quien degrada.— ¿El vicio impuro mal ligero?... Pues ¡qué!, ¿es mal ligero ver que el hombre, dotado de alma racional, enriquecida por Dios con tantas gracias, se pone, cuando comete la impureza, al nivel de las bestias? Ya lo dijo San Jerónimo: «La pasión impura y los placeres sensuales pervierten el sentido y al hombre lo truecan en bruto». Al impuro se aplican sobre todo estas palabras de David: *Que el hombre en opulencia no perdura; se asemeja a las bestias, que perecen* (Sal. 48, 13). Decía San Jerónimo que «no hay cosa más vergonzosa que dejarse vencer de la carne» Y ¿será ligero mal olvidarse de Dios y cambiarlo por un miserable placer corporal, del que se avergüenza, no bien pasado, el mismo que lo comete? De aquí el reproche del Señor a los impuros: *Te has olvidado de mí y me has*

arrojado detrás de tus espaldas. Ciertamente que todos los pecados nos alejan de Dios; pero dice Santo Tomás que el pecado de la impureza parece establecer entre el hombre y Dios una barrera infranqueable».

II. GRANDE MAL CONSIDERADO EN SU DESARROLLO: I.º *Pecados multiplicados.*— Añádese que este pecado llega a convertirse en un mal inmenso, dadas las numerosas ocasiones de multiplicar sus actos. El blasfemo no blasfema siempre, sino sólo en la embriaguez o en los accesos de cólera. El ladrón no roba a diario, sino sólo cuando le excita la codicia. El asesino que ejerce el oficio de matón no cometerá más que ocho a diez asesinatos. El impuro, por el contrario, es fábrica de pecados, de pensamientos, de palabra, de miradas, de complacencias, de tocamientos, de modo que le resulta imposible, si se confiesa, explicar el número. Y por si fuere poco, cuando éstos duermen, el demonio les representa imaginaciones obscenas para que al despertarse se deleiten en ellas; y los miserables, esclavos del demonio, obedecen y consienten.

2.º *Malos hábitos.*— No nos extrañemos si nos damos cuenta de que la razón es por haber contraído fácilmente los malos hábitos. A los demás vicios no está el hombre tan propenso: el vicio, por ejemplo, de la blasfemia, de la difamación, del asesinato, en tanto que a este vicio se siente inclinado por naturaleza. Por esto dice San Tomás de Villanueva que no hay pecador más dispuesto al desprecio de Dios que el impuro, a quien arrastran miles de ocasioncillas.

3.º *Otros pecados.*— Y ¡cuántos pecados mortales no arrastra consigo el vicio impuro!: calumnias, robos, odios y, sobre todo, escándalos. Los demás peca-

dos, las blasfemias, los asesinatos, los perjurios, inspiran horror; pero el pecado de impureza mueve al prójimo, que también es de carne, a cometerlo sin tanta vergüenza.

4.º *Esclavitud del demonio.*— Escribe San Cipriano que el demonio «triunfa de todo el hombre por la lujuria». Triunfa del cuerpo y del alma; triunfa de la memoria, recordándole los placeres para que se complazca; de la inteligencia, para hacerle desear las ocasiones de pecado; de la voluntad, haciéndole amar aquellas deshonestidades como último fin y como si ya no hubiera Dios. Decía Job: *¡Había yo concertado alianza con mis ojos y no prestaba atención a doncella! ¿Cuál es, pues, la parte que envía Eloah desde arriba?* (Job. 31, 1). Temía Job el mirar a una joven, porque decía que, si sucumbiese a tan mal pensamiento, Dios le retiraría su favor. «De la lujuria proceden, en expresión de San Gregorio, la ceguedad de la mente, la presunción, el odio de Dios y la desesperación, causa de la muerte eterna».

Persiste hasta en la ancianidad.— Aun cuando el impuro envejezca, dice San Agustín, no envejece su impureza. Por esto Santo Tomás añadía «que el demonio con el pecado que más goza es con el pecado de la impureza, porque ningún pecado tiene tan fuertes afinidades con la naturaleza humana ni se impone tan victoriosamente como el pecado de impureza; de modo que el apetito venéreo tórnase insaciable». Decid, pues, ahora que la impureza es ligero mal...

En la hora de la muerte.— En la hora de la muerte no hablarás así; entonces todos los pecados sobre esta materia se te harán monstruos infernales. Y menos hablarás así ante el tribunal de Jesucristo, que te dirá con el Apóstol: *Todo fornicario, o impuro, o codicio-*

so, que equivale a idolatría, no tiene parte en la herencia del reino de Cristo y de Dios (Ef. 5, 5). No merece sentarse al lado de los ángeles quien quiso vivir como los animales.

III. GRAN MAL CONSIDERADO EN SU DESARROLLO COMPLETO O EN SUS FRUTOS: 1.º *Ceguedad del ánimo, porque la pasión oscurece la razón e impide pensar en Dios.*— Pidamos a Dios, queridos hermanos, pidámoslos incesantemente que nos libre de este vicio, pues de no ser así se perdería nuestra alma por toda la eternidad. El vicio deshonesto lleva consigo la obcecación y la obstinación. Todos los vicios traen la ceguera del espíritu; pero ninguno tanto como el vicio impuro, según la palabra de Oseas: *Fornicación, vino y mosto quitan el seso.* La impureza, como el vino, hace perder la inteligencia y el sentido común; por ello dice Santo Tomás que «el deshonesto pierde la luz hasta el punto de no ver el mal que hace, ¿cómo podrá aborrecerlo y enmendarse? Según el profeta Oseas, de tal modo ciega la impureza en el fango de las liviandades a estos desgraciados, que ya no piensan en retornar a Dios, porque el vicio les hace desconocerlo: *Sus acciones no les consienten volver a su Dios, pues un espíritu de fornicación reside en su interior y no conocen a Yahveh* (Os. 5, 4). De aquí que después escribiera San Lorenzo Justiniano que «este pecado nos hace olvidar de Dios», y San Juan Damasceno, que «el hombre carnal no puede ver la luz de la verdad»; así también el impuro llega hasta a desconocer qué signifiquen gracia de Dios, juicio, infierno y eternidad.

2.º *La obstinación de la voluntad, porque el impuro no reza.*— Otro defecto del vicio impuro es la obstinación. Para no sucumbir a las tentaciones, y en espe-

cial de este género, se necesita continua oración, como lo advierte el Señor: *Velad y orad para que no entréis en tentación* (Mc. 14, 38). Mas ¿cómo podrá el deshonesto pedir a Dios que le libre de las tentaciones, cuando él mismo va a su encuentro? Y hasta a veces se abstiene de rogar, temeroso de ser atendido y curado del mal al que siente apegado el corazón. Así hizo San Agustín: «Temía, dice él en sus *Confesiones*, ser escuchado prontamente y ser curado, en consecuencia, de la enfermedad de la concupiscencia, que me gustaba más tener que librarme de ella». *Tienen los ojos llenos de la mujer adúltera e insaciables de pecado*, decía San Pedro. Insaciables, sí, porque la impureza conduce a la obstinación, que les hará pecar incesantemente.

Las confesiones del impuro no surten efecto.— Habrá quien diga: «Yo lo confieso todo». Pues ése es tu gran mal, porque siempre recaes en el pecado y te vales de las confesiones para pecar y pensar que lo volverás a confesar. Si estuvieras convencido de que luego de tal pecado serías arrojado al infierno, no dirías: «No me quiero privar de ello, pues a mi ¡qué me importa el infierno!» He aquí, pues, el engaño del demonio, que te dice: ¡Bah! Comete el pecado, que ya lo confesarás.

Para que la confesión sea buena se necesita el acto de dolor acompañado de un firme propósito; y ¿dónde están este dolor y este arrepentimiento cuando tantas veces se vuelve al vómito? Si los hubieses tenido y hubieras recibido la gracia en las confesiones, no habrías recaído o, al menos, te hubieras mantenido mucho tiempo sin recaer. Si recaes cada diez días o cada ocho o aun menos, ¿qué significa esto? Significa que está siempre en desgracia de Dios. Cuando el en-

fermo devuelve en seguida cuanto toma, es señal de que su mal es incurable.

3.º *La condenación.*— Escribe San Jerónimo que el vicio deshonesto, cuando ha enraizado en alguien, acaba cuando el desgraciado es arrojado al infierno. Los impuros se parecen a los buitres, que antes de dejar la presa prefieren dejarse matar por los cazadores, como lo demuestra el siguiente hecho relatado por el P. Séñeri.

Ejemplo y lección.— Unos jóvenes vivían empecatados. La chica cayó enferma y dio señales de quererse convertir. Como notaba que estaba para morir, pidió al confesor que hiciera venir a su cómplice para exhortarlo desde su lecho de muerte a cambiar de vida. El confesor, sobrado confiado, no sólo no se opuso a ello, sino que hasta le insinuó a la muchacha el modo con que se debía portar para salir airosa. Ved lo que aconteció. A vista del cómplice, la desgraciada, olvidada de los buenos propósitos que había formado, se incorporó penosamente en el lecho, sentóse en él y, echando los brazos al cuello de su amante, le dijo: «Cariño mío, siempre te he amado y te amo aún ahora que voy a morir; sé cierta que por tu causa voy al infierno; pero por el amor que te tengo, hasta no me importa condenarme». Esto dicho, cayó exánime en el lecho ya mortuario.

¡Cuán difícil es al esclavo del vicio impuro enmendarse y convertirse a Dios de corazón y no acabar, como esta desgraciada joven, dando consigo en el infierno!

22. Grave error es pretender que Dios, indulgente con este pecado, lo deje impune

I. CASTIGOS HISTÓRICOS.— Los deshonestos fantasean que la impureza es debilidad con la que Dios se muestra sobrado indulgente; pero Dios habla muy de otro modo. En efecto, nota Santo Tomás de Villanueva que «por las Sagradas Escrituras vemos cómo lo que Dios castiga más severamente es la impureza».

1.º Fuego del cielo sobre Sodoma.— Las cuatro ciudades sobre las que bajó el diluvio de fuego para abrasarlas perecieron a causa del vicio impuro: *Entonces Yahveh llovió desde el cielo sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego procedente de Yahveh. Destruyó, pues, estas ciudades y toda la llanura, con todos los habitantes de las ciudades y las plantas del suelo.*

Castigo que aun se repite.— Cuenta San Pedro Damiano que la muerte sorprendió a un hombre y a una mujer en el acto del pecado y que los encontraron a entrambos quemados de pies a cabeza y negros como el carbón.

2.º El diluvio, castigo universal.— En el diluvio se suele ver especialmente el castigo de la impureza, y para castigarlo estuvo lloviendo incesantemente cuarenta días y cuarenta noches, de modo que las aguas se elevaron quince codos sobre las más elevadas montañas. Solamente se salvaron las ocho personas que se refugiaron en el arca de Noé; todas las demás perecieron en castigo de sus impurezas; notad, si no, la expresión con que Dios participó al mundo la noticia del castigo: *No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es pura carne*; (Gen. 6, 3) es decir, según comenta Nicolás de Lira, «porque anda

liado en pecados carnales» Y el Señor añade otra expresión extrañísima: *Estoy arrepentido de haberlos hecho* (Gen. 6, 7). La indignación de Dios no es como la del hombre, que turba la razón y lleva a miles de excesos; los juicios de Dios son tan justos como tranquilos, y sus castigos tienen por finalidad remediar el desorden causado por la culpa. Pero para que nos diéramos cuenta de lo que odia la impureza, por eso habló como arrepentido de haber creado al hombre, que tanto le ofendía con este vicio.

II. OTROS CASTIGOS TEMPORALES.— Aun en nuestros días vemos cómo sobre la impureza caen los más terribles castigos y más que sobre otros pecados. Entrad en un hospital y escuchad los gritos que lanzan tantos desgraciados jóvenes; a éste se le aplica el hierro, y al de más allá, el fuego. ¿Por qué? Por la impureza. Y si no sucumben en la operación, arrastrarán una vida miserable y dolorosa, como se lee en la Escritura: *Ya que te has olvidado de mí y me has arrojado detrás de tus espaldas, por eso carga tú también con tu sensualidad y tu fornicación* (Ez. 23, 25).

III. EL CASTIGO ETERNO: *Sentencias de los Santos Padres que demuestran la inminencia de este castigo*.— Escribe San Remigio que, «quitados los niños, pocos de los adultos se salvan, debido al pecado carnal». Una alma santa tuvo, a este respecto, la siguiente revelación: «El infierno está lleno de ángeles, a causa del orgullo, y lleno de hombres, a causa de la impureza». He aquí la razón que aduce San Isidoro: «Por ningún pecado se hacen los hombres tan esclavos del diablo como por la lujuria». Razón tuvo San Agustín para afirmar: «Diaria es la lucha y rara la victoria». He aquí el motivo por que el infierno se llena de almas.

PERORACIÓN: 1.º *No hay que desesperar.*— Cuan-
to os he dicho, oyentes míos, no lo dije para desesperar a ninguno de vosotros, si alguno hubiera víctima de este vicio; antes al contrario, mi idea ha sido procurar-le remedio a su mal.

2.º *Remedios.*— Tratemos, pues, de los remedios. Dos son los grandes remedios: oración y fuga de ocasiones.

La oración.— Dice San Gregorio Niceno que «la oración es salvaguardia y sostén de la castidad». Y ya Salomón había escrito, apoyado en la propia experiencia: *Entendiendo que de otro modo no la alcanzaría, si no es que Dios me la daba..., acudí al Señor y le rogué* (Sab. 8, 21). Es imposible resistir al vicio impuro sin el auxilio de Dios.

La invocación de los nombres de Jesús y de María.— Por tanto, cuando sobrevenga alguna tentación contra la castidad, hay que recurrir inmediatamente a Dios, repitiendo al punto los nombres de Jesús y de María, que tienen especial virtud para expulsar los malos pensamientos. Dije *al punto*, es decir, sin prestar oído a la tentación ni parlamentar con ella. Aun cuando no se tratara más que de un pensamiento ligero, rechacémoslo como se rechazan las chispas que despiende el fuego e inmediatamente acudamos a Jesús y a María.

Fuga de las ocasiones.— «En esta guerra, decía San Felipe Neri, triunfan los cobardes», es decir, los que huyen de las ocasiones. Ante todo se impone refrenar la curiosidad y jamás permitir que los ojos se detengan en personas de diferente sexo; de otro modo será muy difícil librarse de la impureza. «No os libraréis de la lujuria, decía Santo Tomás, si no os libráis de mirar la hermosura de las mujeres». Job decía: *¡Ha-*

bía yo concertado alianza con mis ojos y no prestaba atención a doncella! (Job. 31, 1). Se estremecía ante la vista de una doncella porque de las miradas se pasa fácilmente a los deseos y de éstos a las acciones. San Francisco de Sales decía a este propósito que no daña tanto el ver mujeres cuanto el mirarlas; cuando se ve no se suele caer, pero sí cuando se mira. Si hay que estar alerta contra ciertas miradas, hay que estarlo con mayoría de razón contra ciertas conversaciones.

Santo temor.— Persuadámonos de que en esta materia no hay seguridad bastante, por lo que siempre hemos de temblar y de huir. *El sabio teme y se aparta del mal, mas el insensato se arrebata y se siente seguro,* y acaba por caer.

23. Las conversaciones deshonestas causan mucho mal en quienes las escuchan

I. LA GRAVEDAD DE ESTE MAL SE PRUEBA:

1.º Por su carácter diabólico.— «Ministros de Satanás» llama San Agustín a los que profieren palabras obscenas, porque donde no pueden llegar con sus pérfidas sugerencias llegan con sus discursos licenciosos.

2.º Por las palabras de la Escritura.— Hablando también Santiago de estas malditas lenguas, dice: *Su lengua es fuego... y es inflamada por el fuego infernal.* Sí; fuego encendido por el infierno, con el que quien habla obscenamente se quema a sí mismo y a los demás. *La lengua tercera,* dice el Eclesiástico, *ha sacudido a muchos y los ha arrojado de nación en nación.* ¿Cuáles son las otras dos lenguas? La lengua

espiritual, que habla de Dios; la lengua profana, entretenida con los asuntos mundanos, y la infernal, que habla obscenidades carnales para pervertir a muchas almas y arrojarlas al infierno.

II. EXPLÍCASE SU NATURALEZA: I.º *Seduce al hombre, inclinado al mal.*— El Rey Profeta describe la vida del hombre en la tierra como *senda oscura y resbalosa*. Pues bien, cuando el hombre camina entre tinieblas y por camino resbaladizo, cada paso que da le expone a peligro de caer, a no ser que adopte toda clase de precauciones y evite los pasos peligrosos, que en nuestro caso son las ocasiones de pecar. Si, además, en este camino sembrado de peligros hay quien empuje al caminante para hacerlo caer, será imposible, sin un milagro, que no ruede hasta el abismo. He aquí precisamente lo que los medianeros de Satanás hacen con sus conversaciones deshonestas: arrojar al abismo del pecado a tantos desgraciados como aquí viven entre tinieblas, y que por ser de carne están muy inclinados a la caída. *Es su garganta sepultura abierta*, exclamaba David en su justa indignación. «La boca de quienes no saben hablar más que porquerías, dice San Juan de Crisóstomo, es como sepulcro lleno de cadáveres en putrefacción», y su aliento se asemeja a los miasmas que produce la podredumbre de sepulcro, fétidas exhalaciones que no se pueden respirar sin contraer gérmenes mortales.

2.º *Es violenta y contagiosa.*— *El latigazo produce verdugones, pero el golpe de la lengua rompe los huesos.* Según este texto del Eclesiástico, las heridas del látigo permanecen al exterior, en tanto que las de la lengua obscena penetran de parte a parte a quienes las escuchan. Cuenta San Bernardino de Siena que cierta

joven, de conducta irreprochable hasta entonces, oyó a un joven proferir una palabra deshonesta. La pobre cayó primero en pensamientos lascivos y luego en el vicio impuro, de tal modo, añade el Santo, que, si el demonio hubiera tomado carne humana, no podría cometer mayores excesos que los que ella cometió.

3.º Ciega al culpable en su pecado, que es real, gravísimo y desastroso.— Lo peor de todo es que estas bocas infernales que tan a menudo profieren palabras deshonestas lo toman como cosa de poca monta y nunca se confiesan de ello, y si alguna vez los reprende el confesor, responden: «Lo digo solamente por diversión y sin maldad». ¿Por diversión? ¡Pobre de ti!, pues esta tu diversión hace reír al demonio y a ti te hará llorar por toda la eternidad en el infierno.

Pecado real.— Además, te equivocas también al afirmar que lo dices sin maldad. Primero, es muy difícil que, hablando de esa suerte, no caigas realmente en ese vicio, como escribe San Jerónimo: «Cuando uno habla, no está lejos de hacer lo que dice». Tampoco puedes hablar así ante personas de distinto sexo sin golpetazos de la pasión. Finalmente, ¿no es pecado el escándalo que das? Será, sí, una sola palabra deshonesta la que profieras, pero matarás tantas almas cuantas la oigan», como se expresa San Bernardo.

Pecado gravísimo.— Pecado mayor que si de un tiro de fusil mataras a muchas personas, porque les matarías el cuerpo, en tanto que con la palabras obscenas les matarías el alma.

Pecado desastroso.— Es suma, que tales deslenguados son la ruina de todo el mundo. Uno solo de ellos hace más daño que cien demonios, por la ruina que causa en tantas y tantas almas. No soy yo quien lo

dice, sino el Espíritu Santo: *La boca lisonjera provoca la ruina.*

4.º *Agravado por la ingratitud. Terrible cuenta de que ello se dará.*— Y ¿cuándo se cometen estas ruinas y tantas ofensas a Dios? Cuando Dios nos colma de mayores bienes. Cuando en verano provee para todo el año de grano, de vino, de aceite, de legumbres y otros frutos, ¿no es entonces cuando se cometen más pecados en el campo? ¿No es durante la siega y la vendimia? ¿No es durante la trilla y el lagar? Entonces las palabras obscenas y los pecados saltan más que los granos de trigo y que los racimos de uva. ¿Cómo podrá Dios soportar tamaña ingratitud?

Terrible cuenta de que de ello se dará.— Y bien, ¿quienes, son causa de tanto pecado? Los deslenguados deshonestos, que tendrán que rendir a Dios terrible cuenta y serán castigados de cuantos pecados cometan los que les oyen: *Yo he de reclamar su sangre de tu mano.* Pasemos ya al segundo punto.

24. Quienes hablan deshonestamente se hacen mucho mal a sí mismos

I. EL PRIMER MAL ES CAER ELLOS MISMOS EN EL PECADO IMPURO: I.º *A causa del placer que experimentan en tales conversaciones.*— *Transición.* Dirá algún joven: «Yo hablo así, pero sin malicia». Ya en el primer punto del sermón respondí ser difícilísimo mantener conversaciones licenciosas sin experimentar complacencias ilícitas, sobre todo si se tienen delante de chicas o de mujeres.

2.º *A causa del peligro inherente a estas palabras y a la debilidad humana.*— Además, hablando de esta manera se pone al prójimo en grave peligro de pecar de obra, según las palabras de San Jerónimo ya arriba citadas: «Cuando uno habla, no está lejos de hacer lo que dice». *Las inclinaciones del corazón humano son malas desde su mocedad* (Gen. 8, 21). No hay hombre exento de inclinación al mal. Por otra parte, no hay vicio alguno al cual el hombre se sienta más inclinado que al vicio impuro, al que la misma naturaleza impulsa. Por esto San Agustín, al ver cuán pocos son los que adoptan las debidas precauciones, exclamaba: «Diaria es la lucha y rara la victoria». Pues bien, el que habla obscenamente piensa siempre en las impurezas que dice, de que provienen las malas complacencias y los malos deseos, que llevarán pronto a la caída en malas obras. He aquí en lo que vienen a parar los que hablan deshonestamente y luego se contentan con decir: «Yo hablo así, pero sin malicia».

II. EL SEGUNDO MAL ES CONTRAER EL HÁBITO QUE MANCHA TODA LA VIDA Y ARRASTRA AL INFIERNO.— *No seas tachado de doblez ni con tu lengua calumnies*, dice el Espíritu Santo. Ten cuidado de que tu lengua, cual maldita cadena, no te arrastre el infierno, porque, al decir de Santiago apóstol, *la lengua... contamina todo el cuerpo e inflama desde el nacer todo el curso de la vida* (Ecli. 5, 16). Ciertamente es solamente uno de los miembros del cuerpo, pero cuando habla mal infesta todo el cuerpo e *inflama desde el nacer todo el curso de la vida*, desde el nacimiento a la muerte; y estos charlatanes obscenos, aun cuando envejezcan, se ven como impulsados a las conversaciones o dichos lascivos.

Escribe Surio que, hallándose de viaje San Valero, llegó a una casa para calentarse un poco, escuchó y advirtió que el dueño de la casa se hallaba entretenido en conversaciones obscenas con el juez de la localidad, a pesar de los ancianos que eran; reprendiólos el santo fuerte, pero inútilmente, por lo que Dios castigó a entrambos cegando a uno y llagando al otro tan dolorosamente, que parecía experimentar mil muertes.

Cuenta Enrique Grau de cierto charlatán obsceno que murió repentinamente y se le vio en el infierno despedazándose la lengua, que crecía al paso que él la despedazaba y escupía.

III. EL TERCER MAL ES ATRAERSE LA IRA DE DIOS, A CAUSA DEL NÚMERO Y DE LA CALIDAD DE LAS VÍCTIMAS. *Ejemplos: Terrible responsabilidad.*— Y ¿cómo va Dios a tener compasión con quienes no la tuvieron con las almas de sus prójimos? *El juicio será sin misericordia para quien no hizo misericordia* (Sant. 2, 13) ¡Qué desolación, en efecto, es ver a las veces a jóvenes, a doncellas, a matrimonios jóvenes, y en medio de ellos a uno de tales deslenguados! Y hay quienes tanto más deshonestamente hablan cuanto mayor es el concurso. Y, a pesar de hallarse presentes niños y niñas, no se tiene horror de escandalizar a estas almas inocentes.

Ejemplos.— Cuenta Tomás de Cantimpré que el hijo de cierto noble de Borgoña, educado en el monasterio de Cluny, era un ángel de pureza; entró en un taller y, a causa de las palabras obscenas que profería la mujer del artesano, cayó en el pecado y perdió la divina gracia.

Cuéntase también de un jovencito de quince años que oyó una palabra deshonesto y que a la noche siguiente pensó en ella, consistió en el mal pensamiento y murió.

Enterado el confesor, quiso celebrar la misa en sufragio del pobre joven, pero se le apareció éste para decirle que no la celebrase, pues se había condenado por la palabra oída, y si la celebrara le causaría mayor pena.

Terrible responsabilidad.— ¡Dios mío, cómo llorarían los ángeles si pudieran llorar! ¡Ángeles de los pobres niños escandalizados y a quienes la muerte arrebató a causa de semejantes lenguas asquerosas! Pero, a la vez, ¡cuánta venganza pedirían a Dios! Esto significan las palabras que pronunció Jesucristo: *Guardaos no menospreciéis a uno de estos pequeñuelos, porque os digo que sus ángeles en los cielos ven si cesar el rostro de mi Padre* (Mt. 18, 10).

PERORACIÓN: I.º *Evitad. Sed prudentes respecto a toda palabra impura.*— Tened, pues, mucho cuidado, hermanos míos y temed, más que a la muerte, hablar deshonestamente. Escuchad cómo os exhorta el Espíritu Santo: *Haz para tus palabras una balanza y un peso. Cuida de no resbalar por ella.* Os recomiendo tener una balanza para vuestras palabras, esto es, que antes que decir hay que pensar las palabras; y *un peso*, para que cuando acudan a la boca palabras torpes se les cierre la salida; de otra suerte saldrían las palabras y os causaríais, tanto a vosotros como al prójimo, una herida mortal e incurable. Dios nos dio la lengua no para ofenderlo, sino para alabarlo y bendecirlo. Dice San Pablo: *La fornicación y toda impureza o codicia ni se nombren entre vosotros, cual cumple a santos* (Ef. 5, 3).

Aun cuando fuere equívoca o inmodesta.— Nótese la expresión anterior: *toda impureza*, con la cual es preciso entender que se nos prohíben todas las palabras obscenas o equívocas, dichas por pasatiempo;

estas últimas, merced a su giro picante, impresionan más y a veces causan mayor mal que las palabras abiertamente licenciosas; y también es necesario evitar toda expresión inmodesta, toda expresión que no esté de acuerdo con la castidad exigida por los santos, es decir, por los cristianos, como lo entiende San Pablo.

2.º *Por respeto a vuestra propia dignidad no profiráis lujuriosas, sino edificantes.*— Pensad, dice San Agustín, que vuestras bocas de cristianos, en que tantas veces entró Jesucristo por la sagrada comunión; por esto debéis aborrecer todo discurso lascivo cual diabólico veneno. *Vuestra palabra sea siempre con buena gracia*, decía San Pablo a los Colosenses, y añadía: *sazonada con sal*, es decir, con la palabra de Dios, que mueva a los demás a amarle y a no ofenderlo. «¡Dichosa lengua, exclama San Bernardo, que no sabe hablar más que de las cosas de Dios!»

3.º *Huid de quienes hablan deshonestamente. Hacedles callar, sin respecto humano que valga.*— No os guardéis solamente de la inmodestia en el hablar, sino huid, queridísimos míos, como de la peste, de quienes hablan así. No bien veáis que se inicia una conversación de este género, haced lo que dice el Espíritu Santo: *Mira, cerca tu dominio con espinos y haz para tu boca puerta y cerrojo* (Edi. 28, 28). Dice *cerca tu dominio con espinos* para denotar que hay que mostrarse espinoso y reprender calurosamente a quien así hablara, o al menos volviéndole el rostro y haciéndole ver que no gustan tales conversaciones.

Sin respecto humano que valga.— No nos avergonzemos de ser discípulos de Jesucristo si queremos que un día Jesucristo no se avergüence de nosotros ni de admitirnos consigo en el paraíso.

25. Cuándo constituye pecado el mal pensamiento

Dos errores corren como moneda de buena ley entre los hombres respecto a los malos pensamientos.

PRIMER ERROR: TODOS LOS MALOS PENSAMIENTOS SON PECADO:

I. Existe en primer lugar el error de las personas temerosas de Dios, pero que, más o menos ilustradas, temen que todo el mal pensamiento que se les ocurra sea pecado. Este es grave error.

II. *Refutación y explicación:* I.º *No hay pecado donde no hay consentimiento.*— Los malos pensamientos no son pecado, sino los malos consentimientos. Toda la malicia del pecado moral consiste en el voluntario consentimiento en el pecado con plena advertencia de su malicia. De aquí el principio de San Agustín de que no hay pecado donde no hay consentimiento. Por grande que fuere la tentación, la rebelión de los sentidos y los perversos movimientos de la parte inferior, si no consiente, no se peca: «De nada vale sentir, dice San Bernardo, si no se da el consentir».

2.º *Finalidad de las tentaciones: los santos fueron tentados por el demonio.*— Los mismos santos fueron atormentados con tentaciones, y los demonios se encarnizaron mucho más contra ellos que contra los pecadores, porque en ellos harían presa mayor. Dice el profeta Habacuc que los santos son el alimento preferido por el enemigo: *Gracias a ellos sus porción es pingüe, y su comida, succulenta.* Y añade el profeta: *Debido a esto vaciará su esparavel, matará de continuo a los pueblos sin compasión* (Hab. 1, 17, 76), quitándoles la vida de la gracia.

Ejemplos de San Pablo.— El Señor tornó a San Pablo en vaso de elección; con todo, ya sabemos que gemía afligido por tentaciones deshonestas, como él mismo declaraba: *Y a causa de la sublimidad de las revelaciones, por esto, para que no me levante sobre mí, se me dio una espina en mi carne, emisario de Satanás, para que me apuñee* (2 Cor. 7).

Prueba y ejercicio de la virtud.— Entonces se volvió tres veces al Señor, rogándole le librara de ella, y el Señor le respondió: *Te basta mi gracia: Sobre esto tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Y me ha dicho: «Te basta mi gracia, porque la fuerza culmina en la flaqueza»* (Ibid. 8-9). Dios permite que también sean tentados sus santos, tanto para probarlos como para purgarlos de sus imperfecciones.

3.º Regla de conducta en la duda para las almas timoratas.— Para consuelo de las almas temerosas y escrupulosas, quiero aquí exponer, de acuerdo con los teólogos, un punto de doctrina tan consolador como importante. Dicen éstos que, cuando un alma temerosa de Dios y que aborrece el pecado está en duda de haber o no consentido algún mal pensamiento, siempre que no está segura de haberlo consentido no está obligada a confesarlo, porque entonces es moralmente cierto que no ha consentido, porque de haber caído en un pecado mortal no le asustaría la duda, dado que el pecado mortal es tan horrible monstruo que quien es temeroso de Dios no es posible lo consienta sin saberlo.

SEGUNDO ERROR: LOS MALOS PENSAMIENTOS NO SON PECADO SINO CUANDO LES SIGUE LA MALA ACCIÓN.— Pero hay también personas no escrupulosas, sino anchas de conciencia e ignorantes, las cuales piensan que no es pecado el mal

pensamiento, prescindiendo de si se ha consentido, con tal de que no haya seguido la mala acción. Error éste mucho peor que el anterior.

Refutación y explicación: 1.º Basta para el pecado la complacencia voluntaria. Pruebas.— En efecto, desde el punto en que tal acción está vedada, está vedado también complacerse en ella; de donde se sigue que el mal pensamiento en que se consiente reviste la misma malicia que la aludida acción mala. Por esto dice la Sagrada Escritura que no sólo las malas obras rompen la unión con Dios, sino también los malos pensamientos. (Los) *torcidos pensamientos apartan de Dios*, dice el libro de la Sabiduría. Las malas obras, como los malos pensamientos, están siempre patentes a Dios, que condena y castiga los unos y los otros: *Un Dios es Yahveh que sabe todo, (y El solo) aprecia en lo justo las acciones* (1 Sam. 2-3).

2.º Lucas acerca de los grados de culpabilidad: la sugestión, la delectación y el consentimiento.— Con todo, no todos los malos pensamientos son pecado ni todos son culpables en el mismo grado.

El pecado mortal no está en la sugestión.— La *sugestión* es la primera impresión producida en el ánimo por el mal pensamiento. En ello no hay pecado alguno, y hasta puede haber merecimiento si se resiste. San Bernardo decía: «Tantas coronas tendrás cuantas veces resistieres».

Ni en la simple delectación.— A la sugestión sigue la *delectación* que se tiene cuando se pone uno a considerar el halago del mal pensamiento. Si la voluntad no consiente, no se peca mortal, sino venialmente; claro que, si no se resiste, se expone uno al peligro de consentir; mas para que haya pecado mortal en tal exposición se requiere peligro próximo. Con todo, es

preciso notar aquí que en materia de impureza hay obligación, como de ordinario lo enseñan los doctores, de resistir positivamente a la delectación, y esto bajo pena de pecado mortal, dado que, en esta materia de la delectación no combatida, fácilmente nace el consentimiento de la voluntad. «Quien no rechaza la delectación, dice San Anselmo pasará al consentimiento y vendrá la muerte del alma». Por eso, aun cuando no se consienta en el pensamiento deshonesto, desde el punto en que se detiene uno en él con delectación y sin esfuerzo para desasirse de él, se peca mortalmente, porque se expone a peligro próximo de consentimiento. *¿Hasta cuándo se albergarán en tu pecho tus perversos pensamientos?* (Jr. 4, 14), pregunta Jeremías. Y ¿por qué, en lugar de consentirlos, no tratáis de deshacerlos de ellos? Dios quiere que guardemos el corazón con toda cautela, porque del corazón, es decir, de la voluntad, depende toda nuestra vida: *Mas que toda otra cosa guarda tu corazón, porque de él brotan los manantiales de vida* (Pv. 4, 23).

El pecado mortal está en el consentimiento.— Viene, finalmente, el *consentimiento*, que es quien propiamente produce el pecado mortal, y se da cuando se ve claramente que tal cosa es pecado mortal y se la abraza con voluntad plena y completa.

3.º Distinción entre la culpabilidad por deseo y por complacencia.— Con relación a los pensamientos se puede pecar de dos modos: *por deseos y por complacencia*.

Por deseo.— Se peca *por deseo* si se quiere hacer el mal en que piensa o bien se quisiera hacerlo si se presentara la ocasión. Tales deseos constituyen pecados mortales o veniales, según lo que se desee sea o no gravemente ilícito. Es cierto, sin embargo, que el pecado externamente consumado aumenta siempre en la

práctica la malicia de la voluntad, por la mayor complacencia o al menos por la mayor duración de la complacencia; de donde nace que haya siempre que declarar en la confesión si el acto siguió al deseo.

Por complacencia.— La *complacencia* se da cuando uno no quiere actualmente cometer el pecado, pero se complace en él como si actualmente lo cometiera. Llámase también *delectación morosa*, y esto no en razón de su duración en la complacencia del acto impuro, sino con respecto a la voluntad, que se complace de propósito deliberado en la representación del acto impuro; de aquí que este pecado de complacencia se pueda cometer en un instante, como lo enseña Santo Tomás: «Se la llama morosa no porque dure mucho tiempo, sino porque la voluntad se detiene en ella deliberadamente, entreteniéndose adrede en imaginaciones que debiera rechazar al instante». Dice el santo *adrede* para quitar el escrúpulo de las personas temerosas de Dios que contra su voluntad sufren ciertos movimientos y delectaciones carnales, a pesar de toda su violencia para hacerse insensibles. Los sentidos pueden experimentar cierto placer; pero, mientras la voluntad no consienta, no habrá pecado, al menos mortal.

Consejo importante.— Sigamos en tales coyunturas el consejo de San Agustín: «Nunca habrá pecado sin consentimiento de la voluntad». Los maestros de la vida espiritual aconsejan en tales casos lo siguiente: no os fatiguéis tanto en rechazar directamente los malos pensamientos, sino probad más bien apartar la atención y aplicarla a cualquier otro objeto, aun cuando sea espiritual, sino sólo indiferente.

Con el resto de los pensamientos que no sean de impureza, sí es bueno combatirlos de frente.